

La Biennale de Venecia

The Venice Biennale

GABRIEL RUIZ CABRERO

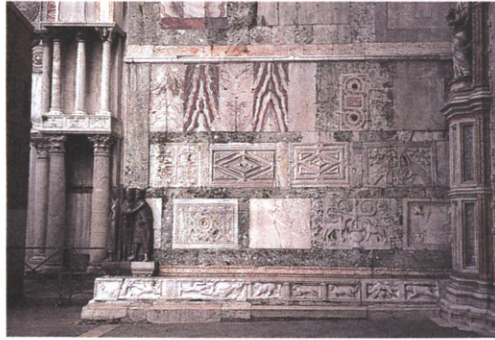
Gabriel Ruiz Cabrero es arquitecto y profesor titular de proyectos de la Escuela de Arquitectura de Madrid. Actualmente es miembro del Consejo de Redacción de *Arquitectura*, de la que fue Director durante el período 1981-1986.

*Gabriel Ruiz Cabrero is an architect and Professor of Design of the Madrid School of Architecture. He is currently a member of the Editorial Board of *Arquitectura*, of which he was the Director during the period 1981-1986. Translated by Muriel Feiner.*

Septiembre en Venecia es cálido y húmedo. Ir a ver la Biennale resulta un viaje completo para ver arquitectura. Antes de visitar las exposiciones has de pasear por las calles y, fundamental, entrar en sus iglesias y disfrutar de sus esculturas de caballos en plaza, de los Palladio y los Tintoretto. La basílica de San Marcos te impone con la arquitectura de Roma y para siempre; mármoles, mosaicos, espacios interminables, ...sólo entonces, lleno de la mejor historia tomarás el *vaporetto* y a través de los ríos y la laguna brillante y quieta alcanzarás los muelles del arsenal y los Giardini di Castello.

En estos jardines que mandó hacer Napoleón esperan los pabellones de la Biennale. Construidos por distintos países, ya explican quienes han querido enseñar su arquitectura. Rusia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, con Serbia dentro y Croacia fuera en el jardín y casi todos los países de Europa occidental por este continente. Japón y Egipto. EE.UU., Canadá, Uruguay (este año sintomáticamente cerrado) Venezuela y Australia.

Cuando entras soslayando un cafetín al que volverás a comer un *panino*, bajo el edículo de puerta y taquillas de Scarpa, te detienes indeciso ante la vista de tantos edificios. Entre todos, el pabellón de España, próximo a la entrada, se impone en la curiosidad. Sucedió así —según comentan— el día de la inaugura-



Carlo Scarpa. Pabellón de entrada, 1952.
Carlo Scarpa. Entrance Pavillion, 1952.
Foto: Piccinin.

James Stirling. Pabellón de Electa, 1991.
James Stirling. Electa Pavillion, 1991.
Foto: Emilio Tuñón.

ción, cuando todos los visitantes se arremolinaron a la entrada y dentro del pabellón de España, compartiendo esa expectación inusual, que hoy despierta la arquitectura española. El pabellón es de Vaquero Palacios y está muy bien, es sobrio, funcional y tiene una categoría arquitectónica adecuada y suficiente. Estaba prevista su restauración, y es una pena que no se haya cumplido pues bien lo necesita. Unas telas chapuceras ocultan una cubierta rota y bajo esa miseria se exhibe orgullosa la Barcelona del noventa y dos. Este año España dedica su pabellón a la propaganda olímpica. Es lógico, es espectacular lo que se construye, pena sólo que no se haya sido más exigente o más matizado en la calidad arquitectónica de lo escogido. Lo exhibido es grande, lujoso y alguna vez artístico.

Al salir de ver unas fotos y unas maquetas que ya conocías, el nuevo pabellón de Stirling para Electa es irresistible. Lo primero te indigna la entrada, pobre de puerta, a la que se le superponen unos elementos técnicos (ventilación del aire acondicionado) que no dan carácter. Luego una vez dentro te envuelve una atmósfera optimista. Entre una cubierta de largo paraguas en madera, y unos mostradores llenos de espléndidos libros, la ventana continua te deja ver los largos troncos de los árboles y los pabellones circundantes. Te podrías quedar mucho rato ojeando y hojeando, podrías ver toda la arquitectura, incluso la de la Biennale, entre estos libros, pero escoges seguir viendo los pabellones, entrando en figuras no de papel.

Recibes un premio con el pabellón de Suiza. En un exquisito pabellón, de entrada, luz y dimensiones perfectas, cuyo autor fue Giacometti se muestra la obra de Herzog y de Meuron. Suiza opta pues por ofrecer su última gloria. Unas obras muy conocidas de estos arquitectos son interpretadas por varios fotógrafos. El arte de la fotografía muestra el arte de la arquitectura colgando de un edificio que desnudo de otros muebles, se exhibe a su vez artístico.

Luego viene Venezuela con fuerza y —no está mal— dentro de un bonito edificio de Scarpa algo estropeado.

Japón decorado en gris y rosa muestra la

elegancia de las grandes salas y la potencia eficaz de una sociedad y de su arquitectura, la cual no pretende durar, pues se ha de consumir intensamente por gente numerosa.

Da un poco de pena el esfuerzo de Rusia por reencontrar el camino glorioso del constructivismo. Unas maquetas débiles manifiestan que aun no lo han conseguido.

Alrededor de una glorieta, se sitúan tres países europeos de peso. Alemania, Gran Bretaña al centro y Francia.

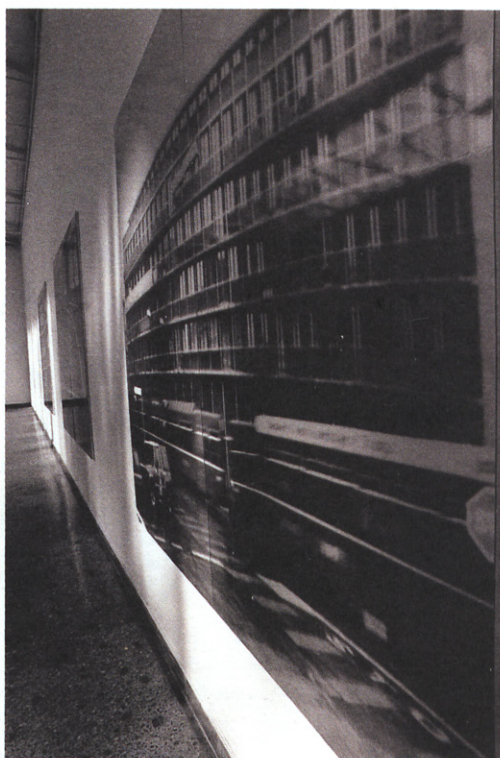
La bella adusta precisión intimidatoria de un pabellón estilo III Reich nos depara, tal vez, la cumbre de la Biennale: Tessenow. El pabellón de la Alemania Unida también busca su origen. En la obra de Tessenow la bella precisión no es intimidatoria. Con unos dibujos de una insuperable capacidad para describir la arquitectura y sugerir el ambiente; el confort de la casa, la naturaleza y el trabajo.

Los pabellones de Francia y Gran Bretaña no coinciden en los criterios de exhibición. La obra de unos cuarenta arquitectos semijóvenes en Francia, seis arquitectos de peso en Gran Bretaña. Los franceses dedican la mejor de sus salas a mostrar las fotos de ¡los propios arquitectos sonrientes! y las otras a pocas fotos de muchas obras. Es aburrido y sin embargo los franceses están mejorando. El origen parece que los británicos lo encuentran en los discípulos de Archigram. Dan optimismo con su arquitectura alegre y deportista. Canadá, al lado de Gran Bretaña, ofrece una arquitectura más próxima a la de Estados Unidos, como es sabido.

El pabellón de Checoslovaquia cuenta la calidad del período de entreguerras, que es bien cierta, y que quieren volver a aquello, pero a pesar de su seriedad aún no ha conseguido la intensidad de aquella época.

Y ahora, al salir de este pabellón, conviene hacer un descanso. Empieza a tener uno vista demasiada arquitectura. Hay que tener cuidado con un empacho.

Sentado en un poyete de hormigón bajo la sombra de altos árboles, tomas aliento y consideras lo visto. Hasta ahora hay una coincidencia en los intentos por recuperar un origen: el de la "arquitectura moderna"; la de la confianza en la técnica, las formas "funciona-



Herzog & De Meuron. Almacén y Reitergebäude, Laufen.
Herzog & De Meuron. Warehouse and Reitergebäude, Laufen.
Foto: Balthasar Burkhard.

Herzog & De Meuron. Ciudad jardín en Viena-Aspern.
Herzog & De Meuron. Garden city in Vienna-Aspern.
Foto: Margheita Krischanitz.

Herzog & De Meuron. Edificio residencial y comercial "Schwitter".
Herzog & De Meuron. "Schwitter" commercial and apartment building.

Foto: Hannah Villiger.

listas", la de los materiales nuevos y más ligeros. Británicos, checos, alemanes y suizos buscan sus orígenes. Franceses y japoneses ofrecen una visión optimista de un futuro que necesita las construcciones (los franceses con menos convencimiento).

¿Será así en toda la muestra?

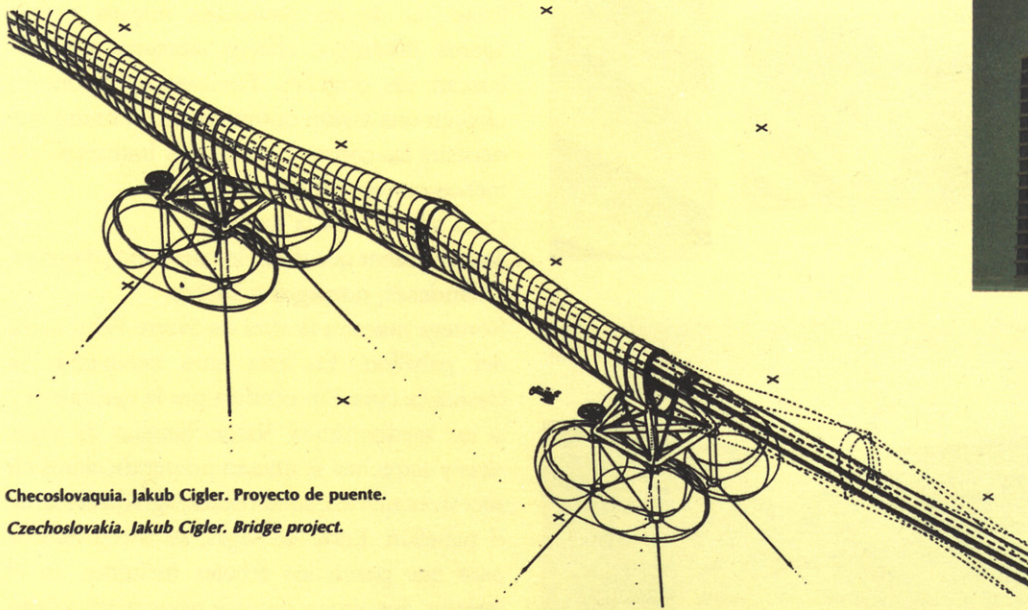
Apetece saber que dirán los nórdicos: daneses, finlandeses, noruegos y suecos.

Noruega muestra la obra de Sverre Fehn autor del pabellón. En esta obra encuentras la clásica fascinación nórdica por la naturaleza y la luz mediterránea. Varias familias de vigas altas y estrechas se cruzan perpendiculares en sucesivos niveles, sombreando agradablemente el pabellón. Entre las vigas, se abren huecos para que pasen los árboles incluidos en el interior. Sus altos y rugosos troncos atraviesan los hormigones. Por encima del edificio las copas frondosas, por debajo crecen las raíces extensas. La obra de Sverre Fehn es como el pabellón, atenta a la naturaleza y entiende la arquitectura como organismo definido por su propia necesidad.

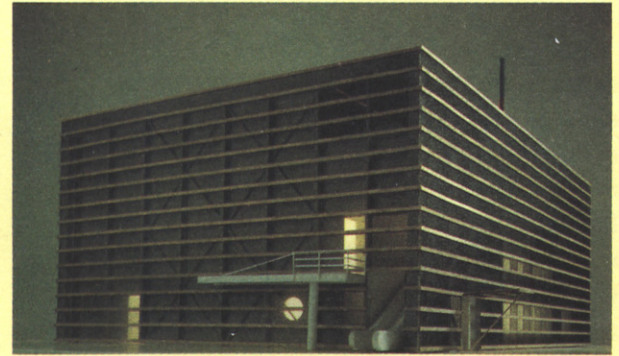
Suecia, que comparte pabellón con Noruega, muestra la arquitectura de Jan Gezelius. Sus obras, con abundancia de madera, demuestran una calidad de vida en exteriores y ambientes limpios y eficaces.

El pabellón de Dinamarca, al lado, es un bello pórtico de piedra que precede a una sala rectangular clásica-de-historia-de-Grecia, pintada en un cálido y hermoso amarillo. En su interior, de nuevo, el sabor de las obras nórdicas en esta ocasión ganadas en concurso. Pero antes de entrar volviendo la vista a un lado, se ve el pabellón de Estados Unidos que también es clasicista, pero en su caso en la tradición de la arquitectura revolucionaria y republicana de Jefferson.

Son ya muchos los pabellones clasicistas, cada uno trata de explicar el concepto de tradición y cultura propios. Todos coinciden en el valor de lo clásico para subrayar la importancia, la trascendencia y unidad de lo exhibido: la arquitectura. Esto y lo dicho de la modernidad permite concluir: el problema que es enseñar arquitectura dentro de una arquitectura, muestra bien lo tautológica que es siempre una definición de arquitectura. Los pabellones de



Checoslovaquia. Jakub Cigler. Proyecto de puente.
Czechoslovakia. Jakub Cigler. Bridge project.



Checoslovaquia. Jan Stempel, Martin Nemec. Proyecto para el pabellón checoslovaco para la Expo'92 de Sevilla.

Czechoslovakia. Jan Stempel, Martin Nemec. Project for the Czechoslovakian pavillion for the Expo'92 of Sevilla.

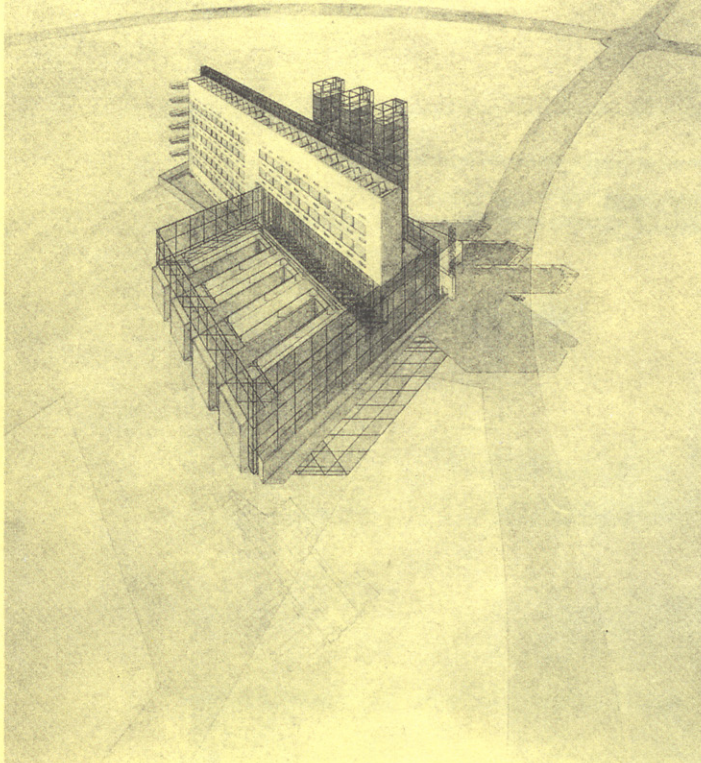
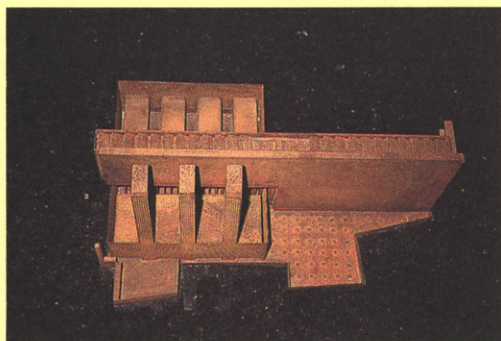


Australia. Gabriel Poole. Casa en Eumundi, 1990.
Australia. Gabriel Poole. House in Eumundi, 1990.

Australia. Brit Andresen, Timothy Hill. Casa en Stradbroke Island.

Australia. Brit Andresen, Timothy Hill. House in Stradbroke Island.





Holanda. Wiel Arets, Wim van den Bergh. Proyecto para la academia Jan van Eyck en Maastricht, 1989-1990.

Netherlands. Wiel Arets, Wim van den Bergh. Project for the Jan van Eyck Academy in Maastricht, 1989-1990.



Holanda. Mecanoo Architecten. Pabellón De Boompres en Rotterdam, 1989-1990.

Netherlands. Mecanoo Architecten. De Boompres pavillion in Rotterdam, 1989-1990.

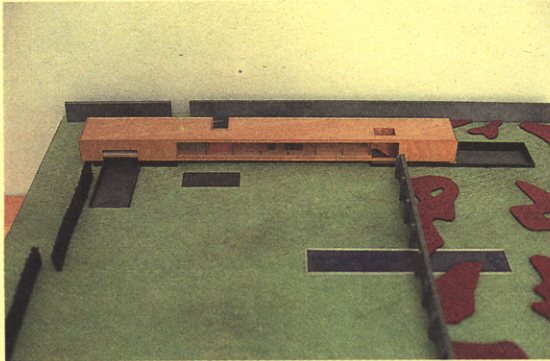
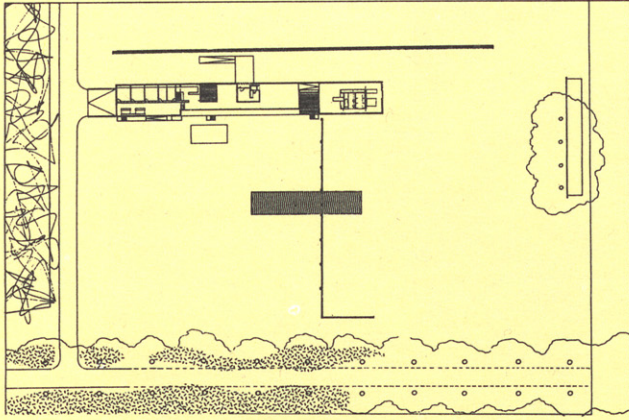


Finlandia. Juhani Pallasmaa. Estudio del pintor Vänö, 1970.

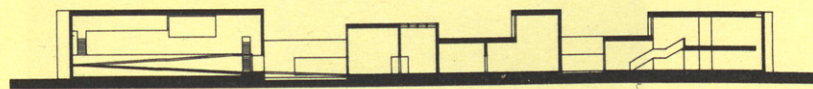
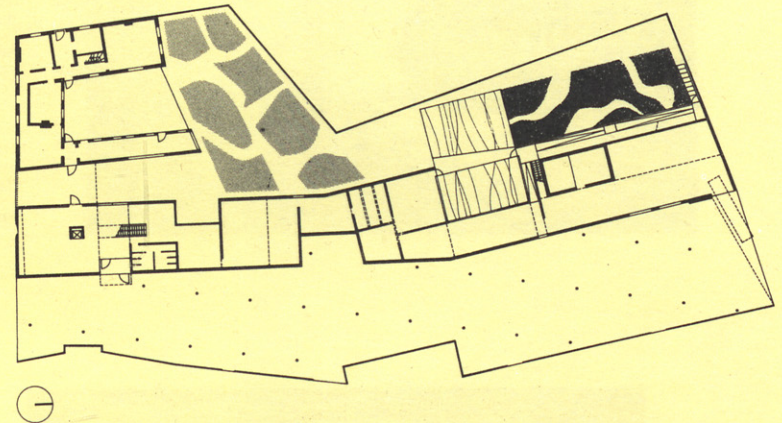
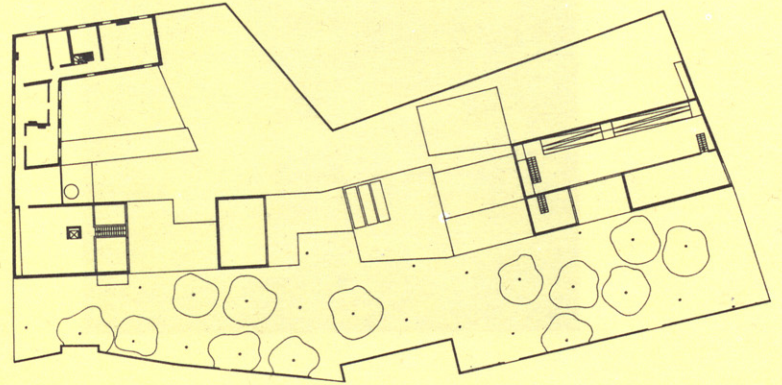
Finland. Juhani Pallasmaa. Study for the painter Vänö, 1970.

Finlandia. Juhani Pallasmaa, Roland Schweitzer, Sami Tabet. Instituto finlandés en París, 1987-1990.

Finland. Juhani Pallasmaa, Roland Schweitzer, Sami Tabet. Finnish Institute in Paris, 1987-1990.



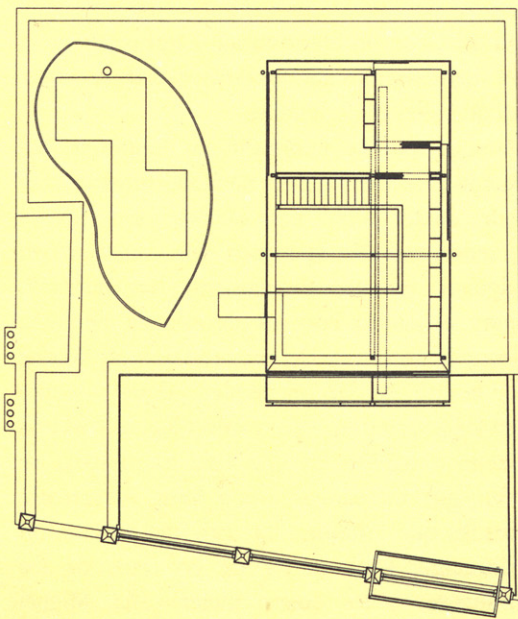
Bélgica. Stéphane Beel. Villa M, 1990.
Belgium. Stéphane Beel. Villa M, 1990.



Bélgica. Stéphane Beel, Luc Reuse. Museo Raveel, Machelen, 1991.
Belgium. Stéphane Beel, Luc Reuse. Raveel Museum, Machelen, 1991.

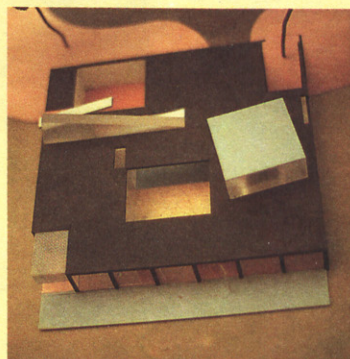
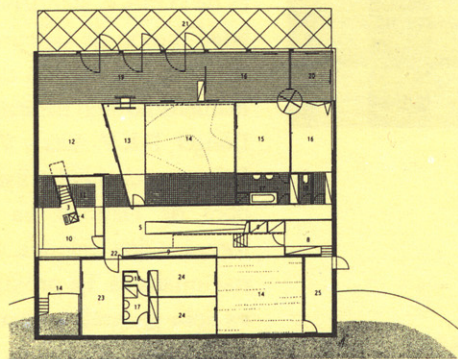
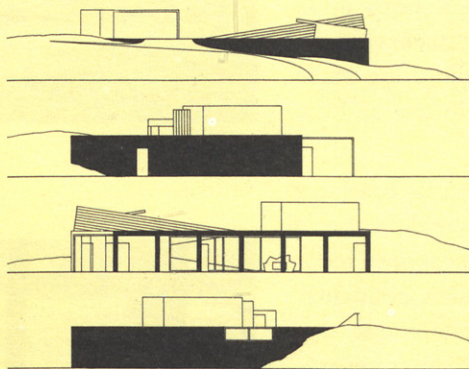
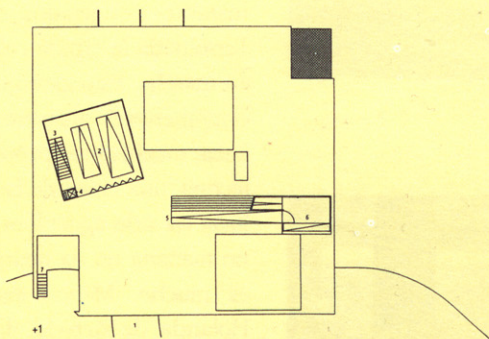


Bélgica. Dirrix van Wylick Architecten. Ampliación de una vivienda en Eindhoven, 1988-1990.
Belgium. Dirrix van Wylick Architecten. Extension of a house in Eindhoven, 1988-1990.



Bélgica. Paul Robbrecht, Hilde Daem, Isa Genzken. Apartamento Märten-Meert, Bruselas, 1990-1991.

Belgium. Paul Robbrecht, Hilde Daem, Isa Genzken. Märten-Meert apartment. Brussels, 1990-1991.



Bélgica. Xaveer De Geyter. Casa privada, Brasschaat, 1990.

Belgium. Xaveer De Geyter. Private house, Brasschaat, 1990.

Suiza y Suecia-Noruega son bellos ejemplos. Hoy las más convincentes tautologías para la arquitectura siguen siendo: la moderna arquitectura es la “arquitectura moderna” y la arquitectura de siempre es la “arquitectura clásica”. Cruzando una plazuela de tierra y sombra entramos en “Estados Unidos”, que alberga dos proyectos. Eisenman trabajando para la Universidad de Cincinnati y Gehry para el auditorium de la Walt Disney. Decenas de maquetas (Gehry) y dibujos por cortes sucesivos de ordenador (Eisenman) muestran una metodología de trabajo, que parece encontrar el valor de la seguridad y lo científico en el análisis de todas las posibilidades. Papiroflexia y ordenador dan confianza.

¡Finlandia! El pabellón, una pequeña caja colocada al desgaire entre los árboles es de Alvar Aalto. Su interior es una de las experiencias más bonitas de la Biennale, la luz entra por unos lucernarios irregulares, iluminando las cerchas de madera, optimistas.

Bajo ellas la obra de Juhani Pallasmaa que exhibe sus múltiples manivelas. Lejos de la categoría de A. A. produce satisfacción encontrar un arquitecto tan entregado a ese oficio que termina o empieza con lo que se toca: picaportes o pasamanos.

Todo lo contrario es el pabellón de Israel que está un poco detrás, algo escondido. En la arquitectura que encierra se reconocen todas las influencias de la arquitectura occidental. Hay hasta una obra gaudiniana que casi produce ternura. No encuentran los israelíes la arquitectura del lugar que habitan; su tierra prometida. Les vendría muy bien un Alvar Aalto o un Siza Vieira. Alguien que diga: aquí esto se hace del siguiente modo y luego todos a su rueda. Las escuelas son enseguida aburridas pero hay que tenerlas.

Aún detrás de Israel, junto a un río que divide la Biennale en dos, está Australia. También este pabellón es coherente con el contenido. Por un lado la confianza en la chapa y el cable, los materiales nuevos que la industria australiana suministra y por otro, la inmensidad de un territorio, la soltura y desparpajo con que se utilizan, modifican y adaptan a la vida de colonos, los programas occidentales tan cono-



Ernst Haiger. Pabellón alemán, 1938.
Ernst Haiger. German Pavillion, 1938.
Foto: Piccinin.

Sverre Fehn. Pabellón de los países nórdicos, 1962.
Sverre Fehn. Nordic Pavillion, 1962.
Foto: Herbert Fidler.

Sverre Fehn. Cubierta del pabellón de los países nórdicos, 1962.
Sverre Fehn. Roof of the Nordic Pavillion, 1962.
Foto: Emilio Tuñón.

cidos; configuran una arquitectura abierta y alejada, con un cierto sabor a frontera. Al abandonar los anchos territorios de Australia lo que sientes es hambre.

Aunque parece temprano, se imponen los horarios locales, incluso metabólicamente. Hay que comer algo. Las exposiciones no se pueden ver sólo, se tienen que comentar con alguien, por eso previamente has quedado para el panino con los demás. La pequeña *trattoria* está fuera del recinto ferial por lo que en la entrada dan un pequeño tiquet —como en los conciertos— para volver luego. Tras una lucha a muerte en una cola tumultuaria se consigue un panino y una birra. Al sentarte resulta que cada uno ha visto una exposición diferente: Pepe se ríe de las fotos de los franceses y les quiere meter caña, Miguel recuerda el teatro de Gehry y dice: “Tantas maquetas para hacer un teatro, y le sale un García de Paredes”. A Juan le ha interesado Pallasmaa y los holandeses que, según dice, están muy en la línea Koolhaas. Paco viene con el fotógrafo Paul A. Royd que está haciendo su trabajo... sus fotos dan una expo de instantes congelados, distinta.

Terminada la rápida *collazione* hay que ponerse en marcha. Esto es un trabajo, no hay duda. Es el momento de acometer el inmenso pabellón de Italia, muchísimos proyectos y muy poca arquitectura, una crisis de la que hablaremos luego. Italia ha sido agotadora, pero hay que seguir, si no mañana no da tiempo a ver lo que falta que es mucho. Menos mal que el pabellón de Holanda, de Rietveld, de tan buenas referencias, está *qui vicino*. Realmente la arquitectura expuesta es de lo mejor, mantiene esa limpieza y racionalidad directa de siempre en los Países Bajos. Es cierta la presencia de Koolhaas pero no hay manierismo sino naturalidad en las obras de Van Donger, D.K.V. Auts y Van del Bergh o Perman. Bélgica está al lado. Este año sólo se exhibe la obra de Flandes. La próxima Biennale les tocará a los valones, cuestión de conflictos nacionalistas. La proximidad con Holanda no es solo geográfica, también de gusto y estilo aunque los flamencos como Stephane Beel, De Beytes o Drierden, Meersman y Thomas que presentan su pabellón para la Sevilla del 92 (un sencillo contenedor que levanta sus pare-



Scolari. Ingreso a le Corderie, 1991.
Scolari. Acces to le Corderie, 1991.
Foto: Juan Herreros.



des junto al suelo para dejar entrar la vista, el aire y los visitantes) siguen a sus propios maestros: De Koninck, Kroll o Van den Hove. Es otra vez una arquitectura de inspiración "moderna", tomando por tal, en este caso particular, al período que ocupa todo lo que va de siglo.

Al salir de Flandes ya va cayendo la tarde, es hora de dejar la Biennale. Mañana habrá que terminar de verlo todo y queda bastante. El camino de vuelta al hotel, andando junto al Canal Grande, puede hacerse porque no hay cuestras, pero los puentes son un esfuerzo. Antes de cenar se impone un Bellini en el Harry's Bar.

El segundo día.

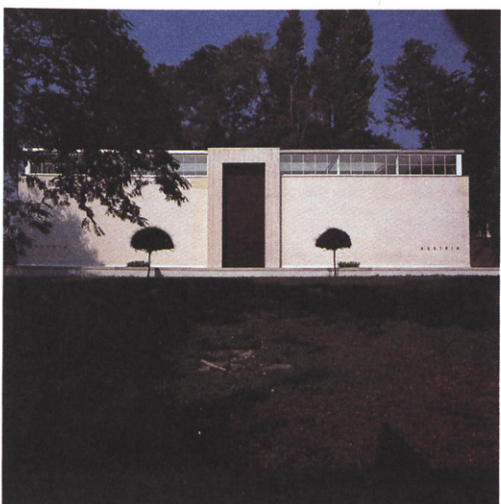
Ir a la Biennale el segundo día es hacerlo en unas condiciones distintas a las del primero. Toda la cena del día anterior hablando de arquitectura, de proyectos, de pabellones, de

maquetas... Aún tras el obligado paseo no fue fácil conciliar el sueño, dando vueltas a todo lo visto.

A la hora del desayuno —un capuccino y luego otro— la sensación es de resaca, mala digestión de tanta forma proyectada. Por eso, camino de la Biennale, atraen la mirada los tejados de teja, las fachadas enfoscadas, lisas, las ventanas sencillamente jambeadas de piedra con sus persianas. Arquitectura natural; frente a la alta cocina de la Biennale, la quieres cruda y con aceite.

Enfrascado en semejantes pensamientos, la disposición aleatoria de los pabellones en el jardín conduce, ya dentro de los Giardini di Castello, hasta el pabellón de Hungría.

Es una buena manera de despertarse definitivamente. Frente a algunas unanimidades hasta ahora detectadas, el pabellón de Hungría presenta una escuela de arquitectura neo-medieval, que supone buscar los orígenes bastante lejos. Sólo una interpretación de psicología colectiva, es decir extradisciplinar, puede explicar esto. Hungría es como un sueño que abandonas para volver a la "realidad". El camino discurre ahora hacia un río que salva un puente de madera. Para llegar a este área discreta y apartada de la Biennale hay



Carl Brummer. Pabellón de Dinamarca, 1932.
Carl Brummer. Denmark Pavillion, 1932.
Foto: Piccinin.

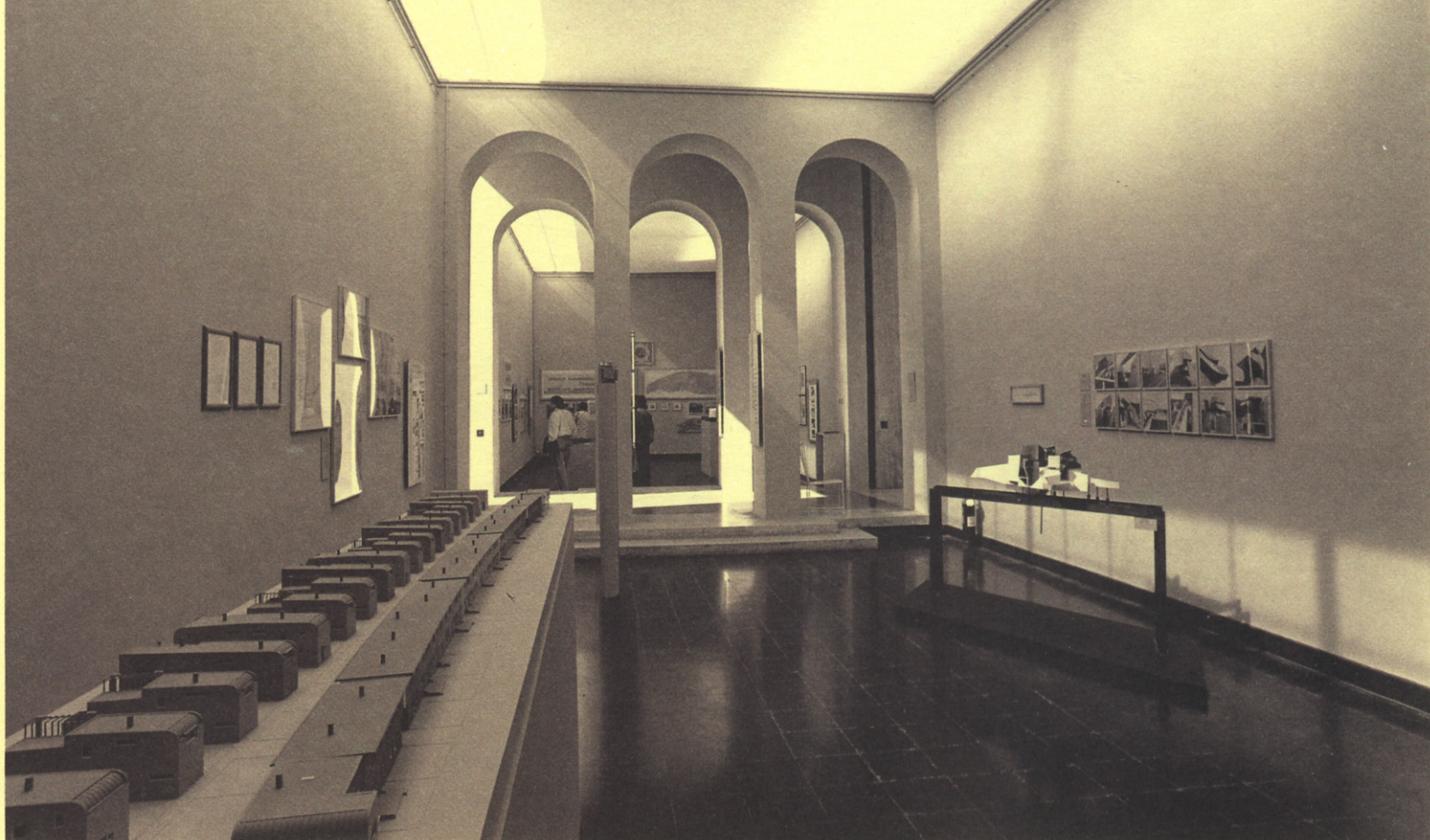
Alvar Aalto. Pabellón de Finlandia, 1956.
Alvar Aalto. Pavillion of Finland, 1956.
Foto: Piccinin.

Josef Hoffmann. Pabellón de Austria, 1934.
Josef Hoffmann. Pavillion of Austria, 1934.
Foto: Piccinin.



Grécia: Dimitris Pikionis. Pavedimento do entorno da Acrópole de Atenas.
Greece: Dimitris Pikionis. Landscaping the Athens Acropolis.





Josef Hoffmann. Pabellón de Austria, 1934.

Josef Hoffmann. Pavillion of Austria, 1934.

Foto: Fidler.



Helmut Richter. Edificio de viviendas, Viena, 1986-1990.

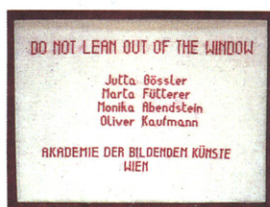
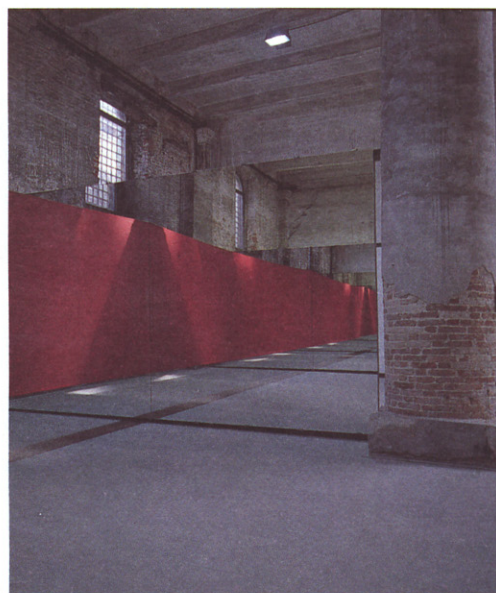
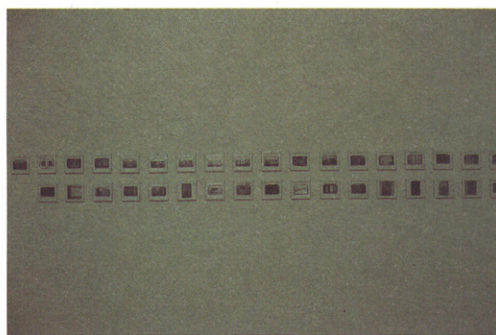
Helmut Richter. Apartment building, Vienna, 1986-1990.



que cruzar también el pabellón del Brasil. Sin puertas y pintado con colores vivos, de techos altos, este pabellón consigue transmitir una cierta sensación tropical. Tal vez por el tamaño y la exhuberancia de lo exhibido.

Al salir de Brasil encontramos al frente un largo edificio que contiene diversas muestras. El espacio largo, que hay delante, se cierra a la derecha con el pabellón de Grecia y a la izquierda con el de Austria que es de Hoffman. A parte de la anécdota política de que Croacia se independiza sacando a la calle lo que exhibe, lo más interesante del pabellón largo es la obra de Dimitri Pikionis, sobre todo su "Camino de la Acrópolis". Pikionis, un arquitecto muy poco conocido pese a su importancia, impulsó en Grecia, apoyándose en una arquitectura inspirada en las nuevas ideas de la modernidad, así como en una interpretación de lo que Chueca llamaría los "invariantes" geográficos y étnicos de la arquitectura popular griega, la mejor "escuela" de Arquitectura de Grecia. Dentro de su extensa obra, su *capo lavoro* es sin duda el "Camino de la Acrópolis". Se trata de un enlosado de piedras muy desiguales en tamaño, grado de pulimentado y labra. Mármoles del Pentélico, dispuestos como si una mano, cuidadosa pero no erudita, hubiera atendido a razones de uso y economía en su colocación. El camino, unas veces en cuesta, otras en escalera, ancho o estrecho según, se va deteniendo en ensanchamientos y miradores sobre el monumento y la ciudad, y el Pireo, y el campo; haciendo el camino al subir. Como con Tessenow, es, otra vez, una mirada al pasado de lo mejor de la Biennale.

El pabellón de Hoffman es tan elegante como nos habían dicho; un sobrio paso entre pilastras deja a cada lado una alta sala de exhibiciones, al fondo se abre un apacible y proporcionado patio de sencillez romántica. La obra expuesta es interesante, sobre todo en las viviendas de Richter y Adolf Krischanitz. Sin darte cuenta has terminado de ver los pabellones sin el cansancio de ayer, aunque será preciso volver a algunos que dejan la sensación de prisa. Pero antes vayamos a la Cordería, edificio cercano propiedad del Arsenal, es decir de la Marina Italiana que lo cede para albergar a 31 escuelas de arquitectu-



Mackintosh School of Architecture, Glasgow.
Mackintosh School of Architecture, Glasgow.

Monika Abendstein, Jutta Gössler, Marta Fütterer, Oliver Kaufmann. *Do not lean out of the window*, Akademie der Bildenden Künste, Vienna, 1991.

Monika Abendstein, Jutta Gössler, Marta Fütterer, Oliver Kaufmann. *Do not lean out of the window*, Akademie der Bildenden Künste, Vienna, 1991.

ra, así como el conjunto de los proyectos presentados para el concurso del nuevo Palacio del Cine en el Lido de Venecia.

Camino de la Cordería hay que pasar bajo unas alas de madera muy grandes que ha proyectado Scolari.

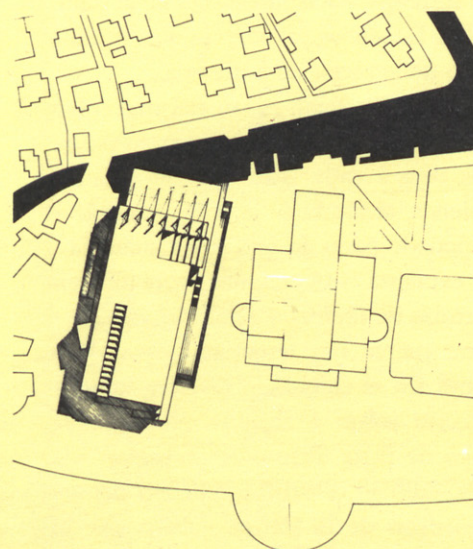
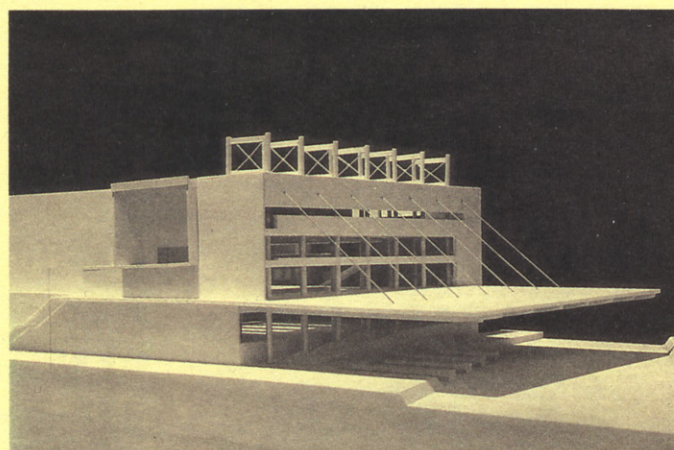
Los dibujos de estas alas, muy conocidos, eran atractivos por la imagen imposible del vuelo de semejante artefacto; de aspecto tan pesado y forma de ala como única referencia al vuelo. Pero tal y como están colocadas, apoyadas en un torpe muro de ladrillo, hecho por uno que no es albañil, dan pena.

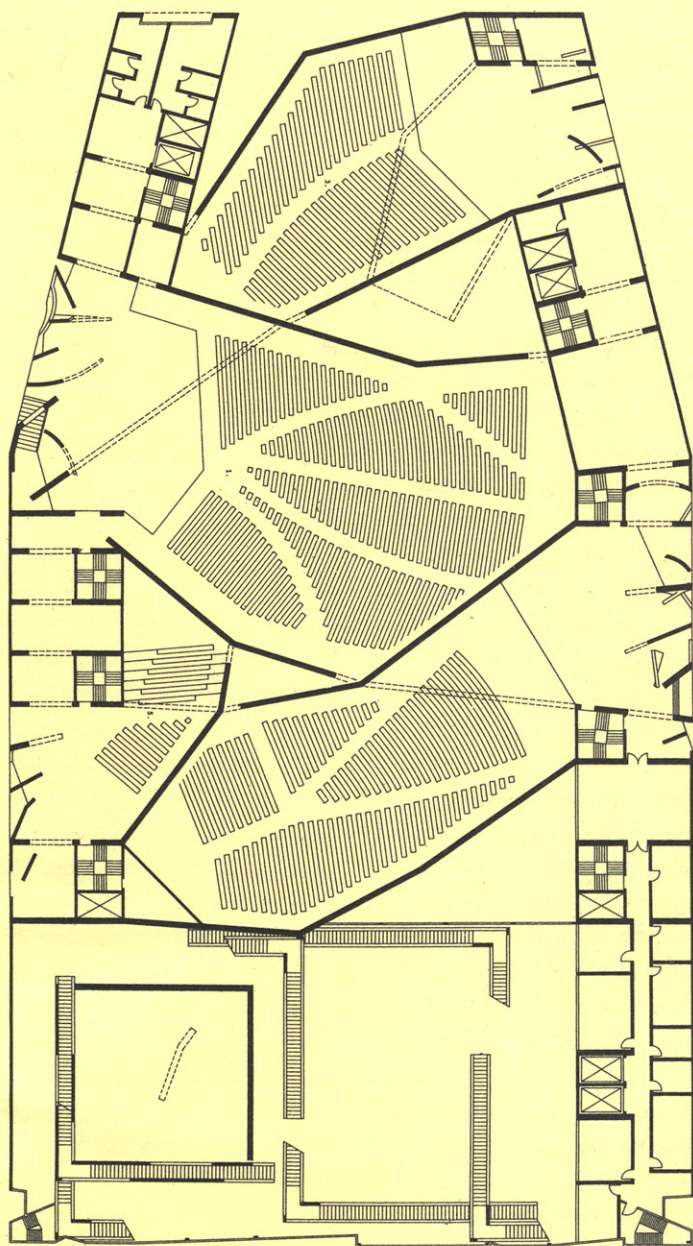
Al entrar en la Cordería lo primero que se encuentra es el concurso del Palacio del Cine. Los concursantes invitados —Aymonino, Botta, Fehn, Hentrap-Hyers-Stirling, Holl, Maki, Moneo, Nouvel, Rossi y Ungers— son los primeros del escalafón mundial de arquitectos (aunque no están todos los que son, etc.) Sin embargo sus ideas aunque esforzadas y, en algunos casos, aparatosamente expuestas no interesan en su mayoría. Sobresalen dos: el de Rafael Moneo, brillante ganador, y el de Steven Holl. Moneo gana utilizando sus mejores armas, un diagnóstico preciso, una idea clara y un desarrollo adecuado y sobresaliente. Sobresaliente por su contención que contrasta con el aparato descrito.

El diagnóstico consiste en identificar la escenografía necesaria para el cine: un átrio gigantesco para recibir a las estrellas entre nubes de fotógrafos, periodistas y aficionados, unas salas funcionales para la exhibición de películas y algunas para la entrega de premios y otras ceremonias. La idea es abrir el atrio de entrada a Venecia, en vez de al Lido, utilizando la ciudad de los Dux como fondo de la recepción. Una gran marquesina volada y atirantada es la representación arquitectónica de la idea y su cobijo.

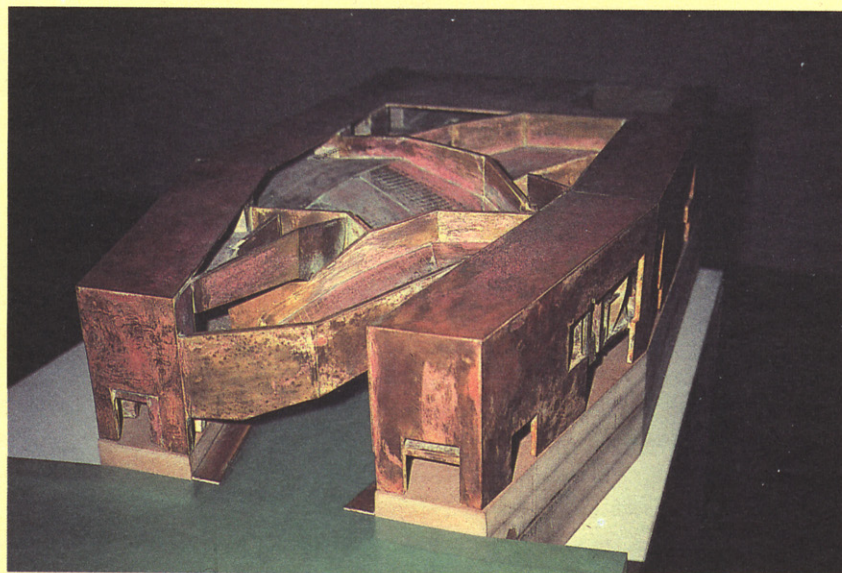
El proyecto de Holl parte de una idea hermosísima. Llegando a Venecia en barco, se penetra en una dársena cubierta a gran altura por las panzas de las salas de exhibición. Las salas, arriba, de formas irregulares, contiguas, dejan entre ellas pozos de secciones triangulares y trapezoidales por los que penetraría la luz iluminando de manera aleatoria la dársena. Esta hermosa idea de las salas tan elevadas,

Sección longitudinal.
Longitudinal section.

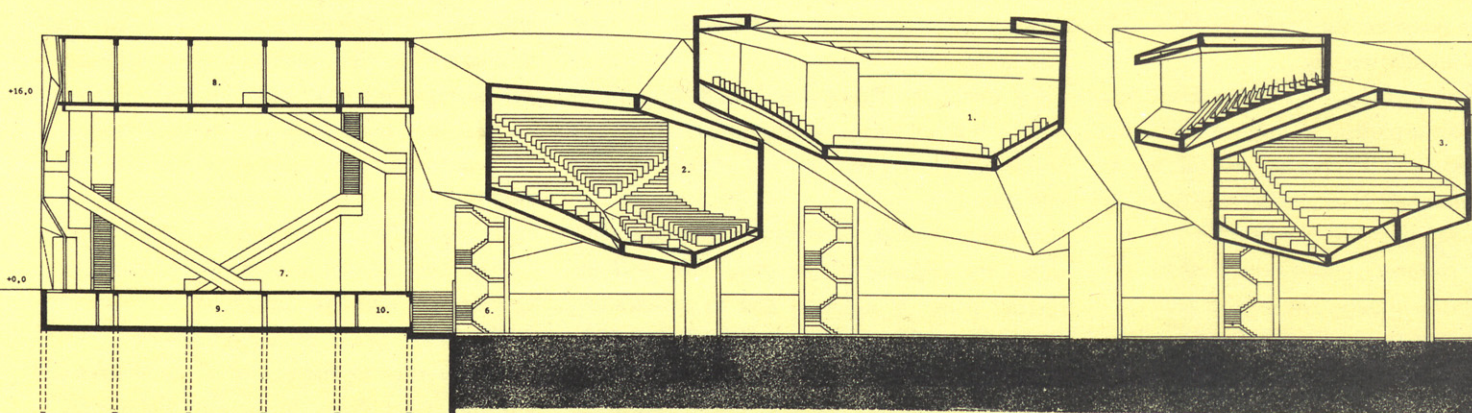




Planta nivel + 6,00 m.
Plan of level + 6,00 m.



Steven Holl. Concurso *Palazzo del Cinema al Lido di Venezia*, 1991.
Steven Holl. *Competition Palazzo del Cinema al Lido di Venezia*, 1991.



paga el precio de una funcionalidad nefasta, al tener que subir y bajar los espectadores alturas tremendas para llegar a ellas.

Adelante por la Corderia se presentan los "stands" de las escuelas de arquitectura. En alguna de ellas se observan ideas con sabor novedoso y distendido: las de la Escuela de Glasgow y "es peligroso asomarse" de la Escuela de Viena.

Se ha hecho tarde, van a cerrar.

Sales a la luz de Venecia. Has estado día y medio encerrado viendo proyectos de arquitectura y pabellones. ¿Tan bueno ha sido? ¿Hubiera sido mejor visitar más la ciudad o ir a la playa? No sabes bien, pero en cualquier caso, por la tarde volverás a ver cuatro cosas que te han dejado intranquilo y curioso.

September in Venice is warm and humid. A trip to see the Biennale proves to be a complete trip to see Architecture. Before visiting the exhibition, you have to walk through the streets and enter the city's churches and enjoy its sculptures of horses in the squares, of Palladio and Tintoretto. The Basilica of San Marcos impresses you with the architecture of Rome and eternity; marbles, mosaics, endless spaces, ... only then, filled with the best of history, will you take the vaporetto and through the rivers and shiny, quiet lagoon will you reach the docks of the arsenal and the "Giardini di Castello".

These gardens, which Napoleon ordered built, house the Biennale's Pavilions. They were constructed by different countries, which wanted to show their respective architecture; Russia, Czechoslovakia, Hungary, Yugoslavia, with Serbia inside and Croatia outside in the garden, and almost all the countries of Western Europe, as well as Japan and Egypt. The United States, Canada, Uruguay (this year it is symptomatically closed), Venezuela and Australia are also present.

When you enter, avoiding the cafe bar where you will return to eat a panino later on, you will stop under the structure of the doorway and the Scarpa ticket office, uncertain about the sight of so many buildings. Among them all, the Spanish Pavilion, close to the entrance, imposes itself above the others, with great curiosity. This is what happened—as they say—on inauguration day, when all the visitors were gathering around the entrance and inside the Pavilion of Spain, sharing that unusual

expectation which is awakened today by Spanish architecture. The Pavilion is by Vaquero Palacios and it is very well done. It is sober, functional, and has a suitable and sufficient architectonic category. Its restoration was planned; and it is a pity that it has not been carried out, because it certainly needs it. Some odd fabrics hide a broken roof and under this misery, the Barcelona of 92 is proudly exhibited. This year, Spain dedicates its Pavilion to the Olympic propaganda. What is constructed is logical and spectacular, but it is a pity that they have not been more demanding or more meticulous in the architectonic quality selected. What is exhibited is great, luxurious and even, at times, artistic.

When you have just seen several photos and scale models that you already know, the new Stirling pavilion for Electa is irresistible. First, the entrance makes you indignant; a poor doorway, to which only a few odd technical elements (air-conditioning and ventilation) have been superimposed which do not provide any character. However, once inside, you are enveloped by an optimistic atmosphere. Between a roof of a long wooden umbrella and counters filled with splendid books, the window continues to let you see the long tree trunks and the surrounding pavilions. You can remain for some time glancing and leafing through the material. You can see all the architecture, even that of the Biennale, in these books, but you can choose to continue looking at the pavilions.

The Pavilion of Switzerland is a real treat. This exquisite pavilion, with perfect lighting and size, whose author, was Giacometti, displays the work of Herzog and de Meuron. Switzerland chooses, then, to offer its last glory. Some well known works of these architects are interpreted by several photographers. The art of Photography shows the art of Architecture, hanging from a building which, bare of other furniture, is exhibited, in turn, artistically.

Then comes the Pavilion of Venezuela, with its force—it is not bad—within a pretty building by Scarpa, which has been allowed to fall somewhat into ruin.

The Japan Pavilion, decorated in grey and pink, shows the elegance of the great halls and the effective power of a society and its architecture, which does not pretend to last, for it has to be intensely consumed by numerous people.

It is a little sad to see the effort made by Russia to

reencounter the glorious journey of Constructivism. Several weak models show that they have still not achieved it.

Around a square, there are three important European countries; Germany, Great Britain and, in the center, France.

The beautiful, severe, intimidating precision of a III Reich-style Pavilion affords us, perhaps, the height of the Biennale: Tessenov. The Pavilion of the United Germany also seeks its origins. In Tessenov's work, the beautiful precision is not intimidating. Several drawings of an unmatched capacity to describe the architecture and suggest the atmosphere; the comfort of the house, nature and the work.

The Pavilions of France and Great Britain do not coincide in exhibition criteria: The work of about forty semi-young architects in France and six important architects in Great Britain. The French dedicate the best of their rooms to showing the photographs of the architects themselves, smiling; and the others, to a few photographs of many works. It is boring but, nevertheless, the French are improving. It seems that the British find their origins in the disciples of Archigram. They provide optimism with their gay and sportive architecture. Canada, beside Great Britain, offers an architecture which is closer to that of the United States, as we well know.

The Pavilion of Czechoslovakia offers the quality of the period between the wars, which was certainly true. They want to return to that period, but despite their seriousness, they have still not achieved the intensity of that epoch.

And now, as we leave this Pavilion, it is a good idea to take a rest. One begins to see too much architecture. You have to be careful not to overdo it. Seated on a concrete bench under the shade of tall trees, you can catch your breath and consider what you have seen. Now, there is some coincidence in the attempts to recover one's origins, of "modern architecture", of the confidence in the technique, of the functionalist forms, that of the new and lighter materials. Brits, Czechs, Germans and Swiss seek their origins, French and Japanese offer an optimistic view of a future which needs the constructions (the French, with less conviction).

Will it be like this in the entire Show?

It is interesting to find out what the Nordics will say: the Danes, Finns, Norwegians and Swedes.

Norway displays the work of Sverre Fehn, the author of the Pavilion. In this work, you will find the classic Nordic fascination with Nature and Mediterranean light. Several families of tall and narrow beams cross each other perpendicularly at successive levels, casting pleasant shadows throughout the Pavilion. Between the beams, hollows open up so that the trees included inside can pass through. Their tall, rough trunks cross the concrete. Above the building are the leafy tree tops; and below the building are the extensive roots. Sverre Fehn's work is, like the Pavilion, attentive to Nature, and he understands Architecture as an organism, defined by its own needs.

Sweden, which shares the Pavilion with Norway, displays the Architecture of Jan Gezelius. His work, with an abundance of wood, shows a quality of life in its exteriors, and clean and effective atmospheres.

Denmark's Pavilion, to one side, is a beautiful stone portico which proceeds a rectangular room, of classic Greek history, painted in a warm and beautiful yellow. Inside, again, is the flavor of the Nordic works, which, on this occasion, won a contest. However, before entering and turning one's view to one side, we see the United States Pavilion, which is also Classicist, but, in this case, in the best tradition of the revolutionary and republican architecture of Jefferson.

There are already many Classicist pavilions, each one trying to explain the concept of its own tradition and culture. Everyone coincides in the inherent value of what is Classic in order to underline the importance, the transcendence and unity of what is exhibited: the Architecture. This point together with what has been said of Modernity makes it possible to conclude the following: the problem is showing Architecture within an Architecture, illustrates well the tautological definition of Architecture. The Pavilions of Switzerland, Sweden and Norway are beautiful examples. Today the most convincing tautologies for Architecture continue to be: The modern architecture is the "Modern Architecture" and the architecture of always is the "Classic Architecture".

Crossing a small square of earth and shade, we enter the United States Pavilion, which houses two projects; Eisenman's work for the University of Cincinnati, and Gehry's work for the Walt Disney Auditorium. Dozens of scale models (Gehry) and

drawings of successive computer cuts (Eisenman) show works of methodology, which seem to find the value of security and science in the analysis of all the possibilities. Papyroflexia and the computer give confidence.

Finland! The pavilion, a small box placed nonchalantly among the trees, is by Alvar Aalto. Its interior is one of the loveliest experiences of the Biennale; the light enters through several irregular openings, illuminating the optimistic wood beams.

Under them, the work of Juhani Pallasmaa, who exhibits his multiple cranks. Far from the category of A. A., we have a feeling of satisfaction of finding an architect so dedicated to his trade that he finishes or begins with what he touches: door handles or railings.

Entirely to the contrary is Israel's Pavilion, which is a little farther back, and somewhat hidden. In the architecture which encloses it, one recognizes all the influences of Western architecture. There is even a Gaudian work that almost produces a feeling of tenderness. The Israelis do not find the architecture of the place which they inhabit: Their Promised Land. They could well do with an Alvar Aalto or a Siza Vieira. Someone who says: Here, this is done in the following way and then everyone follows suit. The schools become boring immediately, but you have to have them.

Farther back still, behind Israel, near the river which divides the Biennale into two, is Australia. This Pavilion is also coherent with its contents. On one hand, there is the confidence of the plate and cable, the new materials which Australian industry supplies, and, on the other, there is the immensity of a territory, the agility and ease with which the well-known Western programs are used, modified and adapted to the life of the settlers. They shape an open and removed architecture, with a certain frontier flavour.

When we leave the broad territories of Australia, What we feel is hunger.

Even though it seems a little early, the local schedules impose themselves, even metabolically. We have to eat something. The exhibitions cannot be seen alone, you have to discuss them with someone, and so you have arranged for the panino with the others. The small trattoria is outside the Fair grounds and so at the entrance, you are given a small ticket —like the ones in the concerts— in

order to come back later. After a deathly struggle on a tumultuous line, you can obtain a panino and a bira. When you sit down, it seems that everyone has seen a different exhibition: Pepe laughs about the photos of the French and he wants to criticize them. Luis remembers Gehry's theatre and says: "So many scale models to make a theatre and then he comes out with a Garcia Paredes". Juan was interested in the Pallasmaa and the Dutch who, according to what he says, are very much in the Koolhaas line. Paco comes with the photographer, Paul A. Royd, who is doing his work... his photos give an exposition of frozen moments, which is something different.

After the rapid collazione, we have to get started again. This is work, there is no doubt about it. It is the time for undertaking the immense Pavilion of Italy: many projects and very little architecture, a crisis of which we will speak later.

Italy has been exhausting, but it is necessary to continue, because there will not be enough time tomorrow to see what is left, as there is so much. Fortunately the Pavilion of Holland, of Rietveld, of such good references, is qui vicino. Really, the Architecture exhibited is the best, it maintains that cleanness and direct rationality which has always existed in the Netherlands.

The presence of Koolhaas is certain, but there is no Mannerism, but rather naturality in the works of Van Donger, DKV Auts and an del Bergh or Perman.

Belgium is beside us. This year, only the work of Flanders is exhibited. The next Biennale will correspond to the Walloons, a question of nationalist conflicts. The proximity with Holland is not only geographic, but also of taste and style, although the Flemish, as Stephane Bel, De Beytes or Drierden, Meersman and Thomas, who present their pavilion for Seville 92 (a simple container which raises its walls beside the ground in order to allow the view, air and visitors to enter), follow their own masters: De Konich, Kroll or Van den Hove. It is once again, an architecture of modern inspiration, taking as such, in this particular case, the period which covers the entire century.

As we leave Flanders, it is late afternoon. The time has come to leave the Biennale. We will have to finish seeing it tomorrow and there is a lot left to see. The route back to the hotel, walking

alongside the Grand Canal, can be followed easily because there are no hills, but the bridges are an effort. Before dinner, a Bellini must be had in Harry's Bar.

The Second Day.

Going to the Biennale on the second day is doing so under different conditions than the first one.

The entire dinner of the day before was spent discussing Architecture, projects, Pavilions, scale models. After an obligatory walk, it was not easy to fall asleep, because we were thinking over and over again of what we had seen.

At breakfast—a capuccino and then another—, there was the sensation of a hangover, poor digestion of so many displayed forms. Therefore, heading towards the Biennale, we are attracted to the tile roofs, the smooth, plastered facades, the simply jammed windows of stone with their blinds. Natural architecture, compared with the haute cuisine of the Biennale, but you want it raw and with oil.

Enveloped in similar thoughts, the contingent arrangement of the Pavilions in the Gardens leads, once we are inside of the Giardini di Castello, to the Pavilion of Hungary.

It is, in the end, a good way to wake up. Compared with several unanimities detected until now, the Hungary's Pavilion presents a School of Neomedieval Architecture, which assumes to seek rather distant origins. Only an interpretation of collective extra-disciplinary psychology can explain this. Hungary is like a dream, which you abandon in order to return to "reality".

The road makes its way now towards a river which is crossed by a wooden bridge. In order to reach this discrete and separate area of the Biennale, it is necessary to also cross the Pavilion of Brazil. Without doors, painted with bright colors and high ceilings, this Pavilion manages to transmit a certain tropical sensation, perhaps due to its size and the exuberance of what is exhibited.

As we leave Brazil, we encounter, opposite, a long building which contains different exhibitions:

The long space, which lies in front of us, is closed off to the right with the Pavilion of Greece, and, to the left, with that of Austria, which is by Hoffman.

Apart from the political situation in which Croatia wants to become independent, bringing out into the street what it exhibits, the most interesting part of the long Pavilion is the work of Dimitri Pikionis,

and above all, his "Road of the Acropolis". Pikionis, an architect who is not well known, despite his importance, promoted in Greece as the best "school" of the Architecture of Greece, relying on an architecture inspired by the new ideas of Modernity, as well as on an interpretation of what Chueca would call the geographic and ethnic invariables of popular Greek architecture. Within his extensive work, his *capo lavoro* is, without a doubt, the "Road of the Acropolis". It is a paving of rocks, which are very unequal in size, degree of polishing and carving. Marbles of the Pentelico, arranged as if one careful, but not erudite hand, had attended to reasons of use and economy in their placement. The road, sometimes uphill, at other times with stairs, both wide or narrow, comes to a halt at widened areas and observatories over the monument and the city and Pireus and the countryside, making the way up as it goes along. As was the case with Tessenov, it is, once again, a look at the past of the best of the Biennale.

Hoffman's Pavilion is as elegant as its description: a sober passage between pillars leaves a high exhibition hall to either side, and in the background, there is a peaceful and proportionate patio of romantic simplicity. The exhibited work is interesting, especially the homes of Richter and Adolf Krischanitz.

Without realizing it, you have finished seeing the pavilions, without yesterday's exhaustion, although it will be necessary to return to several of them, which were seen with too much haste. But before doing so, we will go to the Corderia, a nearby building belonging to the Arsenal, that is, the Italian navy, which cedes it to house a number of schools of Architecture, as well as the new Palacio del Cien in the Lido of Venice.

On the way to the Corderia, it is necessary to pass under several very large wooden wings, which were designed by Scolari.

The drawings of these wings are very well known and were attractive, due to the impossible image of the flight of such a device. It has a very heavy appearance and the shape of its wing is the only reference to flight. However, as they are placed, resting on a clumsy brick wall, made by someone who is not a mason, they become a rather sorry sight.

As we enter the Corderia, the first thing we find is the contest of the Palacio del Cine. The invited

participants—Aymonino, Botta, Fehn, Hentrop-Hyers-Stirling, Holl, Maki, Moneo, Nouvel, Rossi and Ungers—are the first on the world-scale of architects (although not all of those who should be included are, etc.) However, their ideas, although forced and, in some cases, exhibited in an exaggerated manner, are not, in the majority, of interest. Two stand out: that of Rafael Moneo, a brilliant winner, and that of Steven Holl.

Moneo won, using his best weapons, a precise diagnosis, a clear idea and an adequate and outstanding development. It is outstanding due to its contention which contrasts with the apparatus described.

The diagnosis consists of identifying the necessary staging for the cinema: a gigantic atrium for receiving the stars, among a cloud of photographers, journalists and fans, several functional rooms for the exhibition of films and some others, for the presenting of awards and other ceremonies. The idea is to open the atrium with an entrance to Venice, instead of the Lido, using the city of the Dux as the background for the reception. A great projecting canopy is the architectonic representation of the idea and its accommodation.

Holl's project began with a very lovely idea. Arriving at Venice by boat, one enters a dock covered at a great height with the faceted insides of the exhibition halls. The halls, above, of irregular, adjoining forms, have wells between them, of triangular and trapezoidal sections, through which the light penetrates, illuminating the dock in a contingent manner. This beautiful idea of such high rooms, pays the price of ill-fated functionality, as the spectators have to go up and down great heights in order to reach their locations.

Farther ahead along the Corderia are the stands of the architectural schools. In some of them, one sees ideas with novel and loose flavor: the Glasgow School, while "it is dangerous to approach" the Vienna School.

It has become late, they are going to close.

You come out into the light of Venice. You have been closed in for a day and a half, looking at Architectural projects and pavilions. Has it been that good? Would it have been better to visit the city more or go to the beach? You are not sure, but in any case, in the afternoon, you can come back to see four things which have left you uneasy and curious.